

CHINA

Después de Mao

PARECE, sin embargo, que la realidad es otra. China no sólo no ha renegado de su vía hacia el comunismo, sino que, más aún, los recientes sucesos la han afianzado y actualmente se presenta como un verdadero país socialista en tránsito hacia aquel comunismo por el que lucharon los altos personajes recientemente fallecidos.

Toda la confusión se origina, sin duda, en esos dos términos tan manidos y deteriorados por el uso de que se ha valido la prensa occidental para sintetizar pragmáticamente las dos fuerzas de poder que, a su entender, concurren en China: la de los "moderados" y la de los "radicales". Bajo la noción de "moderados" se pretende caracterizar a aquellos dirigentes veteranos en las filas del partido que son partidarios de una rápida industrialización y modernización del país a costa de la pérdida de algunos de los ideales que iluminaron las tres guerras civiles revolucionarias y los primeros años de vida de la República Popular; por "radicales" se entiende a los dirigentes

Es probable que el nuevo rumbo que parece haber tomado la política china a partir del nombramiento de Hua Kuo-feng y la caída del grupo radical haya provocado en mucha gente el sentimiento de que la pureza y ortodoxia revolucionarias de que ha hecho gala China desde su proclamación como República Popular hayan claudicado ante una corriente revisionista o neocapitalista semejante a la padecida por la Unión Soviética después de la muerte de Stalin. Tales suposiciones no carecerían de fundamento a la vista del complicado y a veces inextricable panorama político que, sobre todo en los últimos tiempos, caracteriza a este país y que, probablemente, haya hecho caer a muchos en la idea simplista de que China, a raíz de los últimos acontecimientos, va a seguir los mismos derroteros de la Unión Soviética.

que optan por la prosecución de la genuina vía revolucionaria a despecho del atraso económico que ello supondría a China en relación a otros países. Los moderados son los partidarios de formar cuadros especializados que, con unos mayores incentivos económicos, se hagan cargo de una avanzada administración empresarial; los radicales prefieren que todos tengan la

misma especialización y los mismos salarios, aunque ello redunde en un empobrecimiento general del nivel educativo. Los moderados darían más importancia al despegue industrial que a la lucha de clases; los radicales subordinarían todo a esta última. Y así sucesivamente. Entre las filas de los moderados habría que contar a Liu Shiao-chi, Ten Siao-ping, Li Sien-

nien, Ye Chien-ying, Hua Kuo-feng, y entre los radicales se destacarían, principalmente, los cuatro dirigentes ahora caídos en desgracia: Chiang Ching, Chang Chun-chiao, Wang Hung-wen y Yao Wen-yuan. La cabeza visible de aquéllos sería la del primer ministro fallecido Chu En-lai; la de éstos, aunque más encubiertamente, la del propio Mao Tse-tung.

Estos dos términos tan simples no han hecho más que enmarañar aún más la complicada situación china. Ahora, llegados al límite analítico para el que estaban concebidos, se han visto desbordados, y ante la imposibilidad de aplicación a los nuevos esquemas chinos, han puesto al descubierto su artificialidad. Efectivamente, si Hua Kuo-feng es ahora el Presidente del Comité Central del Partido, el primer ministro y el comandante supremo de las Fuerzas Armadas; en una palabra, el que rige los destinos del país, y, por otra parte, si es "moderado", como dicen, ¿por qué han proseguido con la misma virulencia los ataques contra la



Mao propinó un duro golpe a los llamados "radicales" cuando, tras la muerte de Chu En-lai y el derrocamiento de Teng Siao-ping, nombró a Hua Kuo-feng primer ministro. En la foto, una de las manifestaciones ocasionadas por esta decisión.

URSS? ¿Por qué los jóvenes instruidos siguen yendo al campo y no permanecen encerrados en las aulas, especializándose? ¿Por qué el "Diario del Pueblo" continúa con su enérgico lenguaje radical? En una palabra: si ahora son los moderados los que mandan, ¿por qué se sigue practicando una política radical?

Muchos han afirmado que esto es natural, puesto que un régimen no se puede cambiar de la noche a la mañana, y en sus primeros tiempos, al igual que pasó con la Unión Soviética, tanto el lenguaje como los hechos políticos concretos deben estar fuertemente influidos por la ideología dominante anterior. La "demaioización" habría de requerir su tiempo, nada corto, por cierto, dado el carisma y apoyo popular con que contaba Mao Tse-tung. Esta tesis es, sin duda, cierta si entendemos la **demaioización** como la adaptación a unas nuevas circunstancias que exigen la homologación de ciertos principios maoistas. Pero es errónea si se interpreta como el deseo de demolición del aparato estatal creado por Mao. A Mao en este país lo admira todo el mundo, desde el campesino de la capa inferior hasta el más alto dirigente. Más aún, se necesita a toda costa —y todo el mundo es consciente de ello— el pensamiento de Mao Tse-tung si no se quiere que el país marche hacia la bancarrota

política. Mao formuló una verdadera antropología del pueblo chino de la que éste ahora no puede prescindir si quiere conservar su identidad.

Pero no parece ser éste el problema. El **quid** de la cuestión radica en que aquí no hay moderados ni radicales, y si los hay, lo son a título puramente personal. Hay que dejar a un lado esta clasificación de una vez por todas. Ahora se empieza a ver claro que el radicalismo que se atribuye a los dirigentes caídos no era más que un disfraz que encubría un verdadero proceso de ascenso al poder. En esta ocasión parece que la versión oficial china coincide plenamente con la realidad. El cerebro de la operación habría sido Chiang Ching, quien, aunque jerárquicamente inferior a algunos de sus asociados (concretamente, a Wang Hung-wen y a Chang Chun-chiao, primer vicepresidente del Comité Central y miembro del Comité Permanente del Buró Político, respectivamente, cargos superiores al de Chiang Ching, que sólo era miembro del Buró Político), gozaba de una mayor fama —que no popularidad— y estaba respaldada por el nombre de su fallecido marido. Ella, en unión de sus compañeros de intrigas, contaba prácticamente con las riendas del poder al controlar los más importantes resortes estatales: Chang Chun-chiao controlaba el Ejército

en su calidad de comisario político de las Fuerzas Armadas, Wang Hung-wen tenía gran influencia entre la clase trabajadora por sus orígenes y su encubramiento al alto puesto que ocupaba merced a la protección de Mao, y Yao Wen-yuan tenía a su cargo nada menos que el control de los medios de comunicación de masas. Desaparecidos Kang Sheng, Chu En-lai, Chu Te y Mao Tse-tung, caído en desgracia Teng Siao-ping y respaldados por la positiva progresión de su última campaña antirrevisionista, enfocada en un principio hacia este último dirigente, parecía que en los últimos tiempos el poder estaba en sus manos. Mao les propinó un duro golpe cuando, tras la muerte de Chu En-lai y el derrocamiento de Teng Siao-ping, nombró a Hua Kuo-feng —extraño para la camarilla radical—, primer ministro del Consejo de Estado y primer vicepresidente del Comité Permanente del Buró Político. Pero no se desanimaron. Todavía quedaba la figura de Mao, bajo la cual se podían amparar a la espera de momentos más propicios. De momento, bastaba con recrudescer la acción en sus cuarteles generales; el cine, la radio, la televisión, el "Diario del Pueblo", la revista "Bandera Roja" y las Universidades Qinghua y Beida. Chiang Ching corre a Tachai, brigada agrícola modelo a cuya formación siempre se había opuesto,

y allí intenta hacer una breve labor de proselitismo para ganarse a la masa campesina, de la cual jamás se había ocupado antes. Corren rumores en Pekín sobre un posible testamento de Mao en el que se da a entender que Chiang Ching habría de sucederle. El juego de "los cuatro" es casi perfecto.

Es muy probable que en todas estas maquinaciones se contara con el peligro potencial que Hua Kuo-feng representaba, y no sería demasiado descabellado decir que, al final, el golpe de estado se lo jugaron a una baza. Parece ser que, llegados a este punto (del que no se puede afirmar nada taxativamente, pero que muy bien podría ser la sublevación militar de que se ha hablado en la prensa de este país), los que andaban tras su pista pudieron acumular pruebas suficientes como para arrestarlos bajo el cargo de conspiración. Hua Kuo-feng y otros confirman sus sospechas al ser avisados por Ye Chien-ying, ministro de Defensa y profundo conocedor de la naturaleza de los radicales, de las verdaderas intenciones de éstos. Al poco tiempo, una Sesión Plenaria del Comité Central eleva a Hua a la categoría de Presidente del Partido Comunista chino y en el mundo se anuncia que han ganado los moderados.

Esta versión de los hechos, aunque sumamente simplificada y con olor a novela de intrigas, es la que



Commemoración del día de los difuntos en la plaza Tian An Men, de Pekín, donde comenzaron en los primeros días de abril de este año los sucesos contrarrevolucionarios, cuya versión oficial no convenció a nadie.



Carteles de la campaña contra Teng Siao-ping, el seno del partido", que

cobra cada vez más crédito y la que la población china más fácilmente digiere (lo cual tiene una gran importancia).

Ella explicaría, por no ir a acontecimientos más lejanos en el tiempo, los sucesos que se dieron en los primeros días de abril de este año en la plaza Tien An Men de Pekín, cuya versión oficial no convenció a nadie. Según ésta, Teng Siao-ping había sido el provocador de los incidentes contrarrevolucionarios, y al haberse convertido su problema en otro de contradicciones antagónicas, merecía la destitución de su cargo de primer ministro interino. Era el cenit de la campaña que contra él se había lanzado esgrimiendo la consigna de que se trataba de un "seguidor de la vía capitalista en el seno del partido", y que prácticamente hasta ese momento no había hecho mención de su nombre. A partir de su destitución comienza la segunda fase de la campaña: su nombre aparece en todas partes y el objetivo principal ahora es desenmascarar a los que observan una conducta "revisionista" análoga a la suya. La campaña la habían ganado los cuatro de Shanghai.

Mao, cuya participación activa en la política se habría limitado en los últimos tiempos, en razón de su enfermedad, a recibir a algunas altas personalidades extranjeras y a seguir pasivamente el curso de los

acontecimientos chinos, intuye (¿o conoce perfectamente?) el peligro que supone el éxito de esta pequeña facción del Comité Central, y en vez de nombrar como sucesor de Teng y de Chu a alguno de los candidatos, cuya posición jerárquica le posibilitara un ascenso casi seguro (Wang Huang-wen tenía, en este sentido, todas las de ganar), nombra a un antiguo y semidesconocido gobernador de su provincia natal (Hunan), que a la sazón ocupa la cartera de Seguridad Pública y además le otorga la primera vicepresidencia del Comité Permanente del Buró Político. La campaña contra Teng, sin embargo, seguiría hasta la fecha de detención de los cuatro conspiradores, ya que, hasta este momento, éstos continuaban controlando los principales periódicos y Universidades.

El llamado programa radical, inteligentemente concebido, ponía en juego unos elementos con los que forzosamente se tenían que identificar todos los que se dijera partidarios de la línea Mao Tse-tung. Más que una elaboración sistemática de principios, era una continua distorsión de algunos dogmas maoístas, que eran contrapuestos a las directrices emanadas del Comité Central o del Gobierno al no ajustarse a los intereses de los golpistas: gracias a la habilidad propagandística de Yao Wen-yuan, el maoísmo se oponía al maoísmo

en favor de "los cuatro". Era absurdo que se tachara de revisionista a una persona que, como Teng, diera a entender que la economía merecía una atención especial en los planes del Gobierno, o que se saliera de alguna de las películas apadrinadas por Chiang Ching por considerarla "soporífera" (estos son algunos de los puntos en que se basó la campaña). Es más lógico dar crédito a la versión según la cual existía una verdadera enemistad personal entre Chiang Ching y algunos de sus discípulos radicales y Teng Siao-ping. Esta versión no carece de pruebas y la apoya aún más el hecho de que Teng, como protegido de Chu, tampoco habría de escapar a las iras que contra este último sentía la camarilla radical: desde la famosa campaña contra Lin Piao y Confucio hasta algunas películas recientes (también se habla de un atentado, si bien esto es muy difícil de probar), el malogrado Chu siempre ha sido el blanco preferido de Chiang Ching y su clique.

De toda esta situación, cada día va quedando más claro lo siguiente:

1. Mao apenas se había podido ocupar de la política en los últimos años.
2. Chiang Ching contaba, cara al pueblo y al Comité Central del Partido, con el prestigio de su marido, y cara a su propio marido, con la tolerancia "dialéctica" de éste

(Mao la habría avisado en varias ocasiones de que sus errores —no antagónicos en vida de él— la hundirían si antes no los corregía).

3. El golpe de estado contaba con el apoyo de algunos altos dirigentes cuyos nombres comienzan ahora a perfilarse. Entre ellos estarían el de Chiao Kuan-hua, ministro de Relaciones Exteriores, y el de Yu Hui-yung, ministro de Cultura (citados con todas las reservas y exclusivamente en base a rumores y suposiciones).

4. Hua Kuo-feng emerge poderosísimo en su condición de a) promocionado por Chu En-lai, b) refrendado por Mao, y c) único capaz de comprender, por los cargos ejercidos y las tareas que le han sido asignadas, el entramado parafiscal de la política china. Su posición como Presidente del Partido es incuestionable. La concurrencia de poderes en su persona —principalmente sus atribuciones de primer ministro— es otra cuestión aún no resuelta que espera la convocatoria de una sesión extraordinaria de la Asamblea Popular Nacional para su esclarecimiento.

Con el nombramiento de Hua Kuo-feng no han ganado los moderados ni perdido los radicales. Ha ganado el profundo sentido común del pueblo chino, identificado plenamente con la teoría de Mao Tse-tung y la práctica de Chu En-lai. ■ FELIX DIAZ.



acusado de "seguidor de la vía capitalista en condujo a su destitución.



En los últimos tiempos, la participación de Mao en la política se limitó a seguir pasivamente el curso de los acontecimientos. En la foto, la casa natal del dirigente chino en Saoshan, un mes después de su muerte.